

CARÁTULA**“XVII Concurso Literario Julio Cortázar del CTPCBA”**

Título de la obra: Crónica de un viaje malogrado

Seudónimo: Felisa Festa

Cantidad de páginas: 7 (sin incluir esta carátula)

CRÓNICA DE UN VIAJE MALGRADO

Felisa Festa

Mis penurias actuales se iniciaron a causa de un malhadado viaje por el Mediterráneo, allá por el mes de octubre del año de 1634. Sin embargo, para ser más justa y honrar el nombre sagrado de Al-Lah, creo que mis desdichas realmente principiaron un par de años antes, cuando nos atacaron el serrallo, porque al gznápiro de mi consorte se le había ocurrido increpar de malos modos a un sultán de mayor cuantía, para que le devolviera una esclava casquivana. Pero será mejor que les cuente la relación de los hechos tal como la recuerdo y de manera ordenada. Ha pasado el tiempo, y mi memoria ya no es la de antaño.

Vivía sosegadamente en mi palacio, a pocos días de camino de Bagdad, rodeada de sedas, brocato, oro, aceites perfumados y piedras preciosas. Las otras mujeres del serrallo respetaban mi condición de esposa favorita del sultán, quien era hombre de satisfacerse rápido de sus deseos maduros, toscos y sencillos, y me dejaba tiempo libre para influirlo en las decisiones políticas sobre sus dominios. No hay nada más manejable sobre la faz de la tierra que un varón con la verga enhiesta. Los consejeros del sultán habían terminado por aceptar mi autoridad invisible, con muy buen tino, diría yo. Claro que, para obtener semejante aquiescencia de esos venerables, primero, había tenido que envenenar a algunos y, después, convencer a mi consorte para que pasara por la cimitarra a otros dos con supuesta fama de traidores.

Así transcurrían mis días dorados, siempre junto a mi fiel Abdul, uno de los guardias nubios emasculados del harén, que protegían a los frágiles cálices del sultán de las intrusiones de lanzas ajenas. Mi consorte permitía gentilmente los caprichos que yo tenía para con mi Abdul, después de las verificaciones de rigor antes de la boda, para salvaguardar mi honor y preservar mi lecho. Lo único que no sabía el iluso del

sultán era que a Abdul lo habían despenado a los dieciséis años, bien entrada la pubertad, no antes, en castigo por haberse tomado libertades horizontales con la mujer equivocada. Había sido parte de mi dote (Al-Lah bendiga la sabiduría de mi madre) y, ahora, se refocilaba conmigo en mis ratos de ocio. Cumplía con sus obligaciones con pres-teza y buena voluntad, y me complacía de manera deliciosa, con su amor sincero y su cuerpo todavía joven y robusto, que funcionaba bastante bien, a pesar de un par de carencias insignificantes. El sultán nunca pudo elevarme hasta semejantes cumbres de satisfacción, Al-Lah me perdone. Abdulme hacía de todo, menos dejarme preñada. El riesgo de ser descubiertos, lo cual implicaba una sentencia de muerte, sobre todo para mi fiel guardián, incorporaba un acicate embriagador a nuestros revolcones secretos.

Mi vida en ese entonces, y como les decía, se deslizaba apaciblemente, hasta que nos atacaron el serrallo, porque el mamerto de mi consorte se puso levantisco con un sultán de mayor poderío, que le había arrebatado a una esclava quinceañera, la cual, según la soldadesca, hacía maravillas con su grupa memorable y sus dotes de contorsionista. No hay nada más tonto sobre la faz de la tierra que un palurdo con la verga dura y ansiosa.

Abdul, la noche del ataque, se batió a mi lado con un vigor y una fiereza increíbles, él que era siempre tan equilibrado y manso de carácter. Las tenía bien puestas, a pesar de que hacía rato que ya no le colgaban. El peligro y la adversidad no significaron nada para él; mi bienestar era lo único importante. Me protegió de los asaltantes en nuestra huída, aunque yo también tuve oportunidad de abrir un par de vientres con mi daga enjoyada.

Ocultos detrás de unas dunas cercanas, miramos, impotentes, cómo nuestro amado palacio se consumía en llamas y nuestra corte, sin distinciones, era utilizada para probar el filo de varias cimitarras y el grosor de algunas picas, de madera y de carne. Entonces, con Abdul, decidimos huir, para buscar mejores horizontes.

Fue muy duro.

Viajamos durante mucho tiempo hacia el Oeste, camino a Damasco, entre lágrimas y recuerdos de lujos y días felices. Tuvimos hambre, frío, sed y miedo. Por suerte, nos teníamos el uno al otro, Al-Lah sea loado. No hubiera podido resistirlo sola.

Ya que una princesa vestida de seda y tules, vagando por acá y por acullá, era algo inadmisiblemente y peligroso, me tuve que transformar en un muchacho harapiento, pequeño y delgado, que viajaba en compañía de un hombretón de pocas pulgas, para no despertar mucha curiosidad entre los mercaderes que atestaban las rutas de Oriente Medio. Cuando lo has perdido todo, ni tus dioses vienen a socorrerte, cuando te las tienes que arreglar como puedas y no tienes a dónde ir, el único camino que queda es ir hacia delante, siempre adelante, a pesar de todo.

Así se nos escurrían los días, entre miserias, reveses, penurias y angustias, compartiendo, de vez en cuando, pequeños instantes de gozo desesperado, a los que nos aferrábamos con las pocas fuerzas y anhelos que todavía nos quedaban y que, precisamente por eso, nos resultaban inolvidables. Como antes, pero no sobre cojines y plumerías, sino sobre suelo rocoso y pastos secos, hasta que se descalabrara la espalda o las rodillas dijeran basta.

Por los designios misteriosos de Al-Lah, que todo lo sabe, un buen día, nos encontramos enrolados a bordo de un bergantín turco en el Mediterráneo. Corría el año de 1634. Se nos habían acabado los caminos en tierra firme, y la única vía era la mar, que teníamos en frente. A Abdul y a mí nos divirtió la idea de convertirnos en corsarios. El mar, el peligro, los viajes, la aventura, lo que fuera. Ya nos habíamos endurecido bastante, al ver a tanto prójimo desollado y con las tripas al aire por los caminos. Los españoles no nos daban cuartel. Eran épocas duras.

Una tarde, estábamos rasqueteando la cubierta, cerca de las costas de Cerdeña, a bordo de nuestro bergantín corsario de doce bancos. No hay nada como ser pirata

para conocer mundo, y echar los bofes entre tanto. En eso estábamos, fregando de rodillas con el cuchillo entre los dientes, por las dudas, entre estropajos y miraditas estimativas a las grupas de nuestros compañeros, cuando avistamos un barco pequeño a pocas millas de la costa, con una bandera que, según supe más tarde, era francesa, sea esto lo que fuera. Largamos prestamente los baldes y los cepillos, nos transformamos en feroces corsarios sedientos de sangre y oro, y nuestro capitán le exigió al barco francés, señales mediante, que amainase las velas. Estábamos más que dispuestos a cargarnos a una presa frágil y desprotegida. Todo estaba a nuestro favor, hasta el viento. Los berberiscos teníamos una pésima reputación en esas aguas y confiábamos en no tener que hacer mucho esfuerzo en este caso. Cuesta volver a afilar los ganchos de abordaje, y la pólvora de los mosquetes deja un regusto desagradable en la garganta.

Nos acercamos al barquillo indefenso por barlovento. Nuestra nave era un presagio de ferocidad y destrucción, desde las amurashasta quilla. Todos estábamos enfebrorizados, los veintisiete de a bordo, hasta Abdul, él siempre tan medido. Nos apiñamos a proa, blandiendo las cimitarras y los sables. Nuestro capitán, nativo de Constantinopla, aunque parecía haber sido vomitado desde el mismísimo infierno, junto con su látigo fácil, nos alentaba con sus gritos salvajes. El barquichuelo estaba inerme entre la marejada. Muchos de los nuestros se enardecían ante la perspectiva de tanta sangre y tripas infieles derramadas con increíble facilidad. Pero, realmente, sacudimos los cielos con nuestros alaridos de gozo cuando descubrimos que, sobre la cubierta del barquito, sólo había tres frailes mercedarios de hinojos, rezando. No vimos por ningún lado al patrón del bajel, ni a la tripulación, ni a algún otro pasajero, sólo a los tres frailes piadosos, de rodillas. Los cielos se portaron tan egoístas como en mi caso; nadie vino en auxilio de esos santos varones. Los compadecí.

Cuando los dos navíos estaban abarloados, y ya desplegábamos los ganchos de abordaje, los tres frailes, de pronto, se pusieron de pie sobre cubierta y sacaron, de

entre sus hábitos maltrechos, unos mosquetes de muy mal ver. Jugaron al tiro al blanco con algunos de los nuestros, con una puntería diabólica y, encomendándose a todos los santos cristianos habidos y por haber, se lanzaron prestamente al abordaje.

Nos quedamos pasmados, con los sables inútiles en la mano y con las mandíbulas a la altura de las rodillas. Nuestro capitán se veía desconcertado, mientras los tres frailes se encaramaban a nuestra nave, agitando unas espadas que habían sacado quién sabe de dónde. Arremetían contra nuestros compañeros como alimañas descontroladas y les hacían salir las tripas de paseo sobre cubierta. Al-Lah es mi testigo.

—¡Un momento!—atinó a balbucear nuestro capitán ante semejante atropello—. Los que teníamos que abordar éramos nosotros.

Nadie hizo caso de su protesta formal. Estábamos muy ocupados escapando de esos tres frailes enloquecidos, que gritaban “¡Viva Jesucristo y María Santísima! ¡Viva España!”, sea esto lo que fuera, mientras tiraban fervorosos mosquetazos y mandobles, que casi siempre daban en el blanco. “Acá hay un error. Esto no puede estar pasando”, me dije. A Abdul y a mí nos habían convencido de que los cristianos eran mansos. Y ahora teníamos a esa calamidad, con los hábitos arremangados, correteando afanosamente por toda nuestra nave y tiñéndola de sangre. Los tres desquiciados se habían resguardado los torsos con almohadas atadas con cuerdas y nos dejaban a todos boquiabiertos, pechiabiertos, vientreabiertos, o aún peor. Nuestro capitán saltaba y se aferraba, ora del bauprés, ora de las jarcias, ora de la entrepiera también, por las dudas. Nuestros compañeros corrían como ratas por tirante.

Los tres frailes hicieron papilla santa a doce de los nuestros en menos tiempo en que tarda una en decir “¡Estamos jodidos, Abdul!” Cinco fieros guerreros de la medialuna se echaron al agua, en un vano intento por escapar. El resto de nosotros, heridos en su mayoría, pedimos cuartel y nos rendimos, sin preocuparnos mucho por las apariencias, ni el qué dirán.

Tiempo más tarde, nos enteramos de que los tres frailes mercedarios, cuando les habíamos hecho señales para que amainasen las velas, le habían armado un motín al patrón de la nave en la que viajaban, porque quería obedecernos y capitular. Los tres frailes, por ser españoles, no franceses como el resto de la tripulación, no estaban dispuestos a trabajar gratis, engrilletados a alguna galera berberisca, hasta que la jubilosa muerte los jubilara. Los sarracenos se la teníamos jurada a los españoles, así que los padrecitos habían encerrado a los tripulantes y a los cinco pasajeros bajo cubierta, a los golpes, preces y empujones. Luego, se habían armado con lo que había a bordo, a saber, tres escopetas y tres espadas sin guarnición, según el manifiesto del patrón, y se habían hincado a rezar, esperándonos.

El resto, ya se sabe. La desesperación confiere un arrojo increíble. Como dije antes, cuando se lo ha perdido todo y no se tiene a dónde ir, la única vía de escape es ir hacia delante. A sangre, fuego y tripas ajenas, de ser necesario y por la gloria de Dios, Al-Lah o quien sea el cabrón que se mofa de nosotros desde las alturas.

Luego, con la tripulación francesa y los pasajeros ya liberados, los tres frailes nos tomaron prisioneros, con todas las formalidades del caso y, españoles y franceses hermanados, nos dieron una buena tunda, para compensarse por las molestias causadas. Así descubrieron mi condición y también la de Abdul, cuando terció para defenderme. Nos condujeron a puerto, llenos de grilletes, después de rociarnos con agua bendita y rezar por nuestras almas y las de nuestros compañeros que habían ido a investigar el sacrosanto fondo del mar. No pude convencer a los frailes para que nos dejaran ir, a Abdul y a mí, ni con mis artes, buenas o malas, ni con mis mañas femeninas. Eran hombres de Dios, con las santas vergas anuladas.

Esta hazaña acaeció hace varios años, el 21 de octubre de 1634, día de Santa Úrsula, según me enteré después. De ahí el nombre que ostento ahora y por el que todos me conocen en mi nuevo quehacer. A Abdul, los frailestragasantos lo bautizaron

“Ursus”, dicho sea de paso. Por lo que he leído por ahí a escondidas, en mis pocos ratos de ocio, mi nuevo nombre Úrsula proviene del latín y significa “oso”, o “Ursus”. Por lo menos, seguimos hermanados con Abdul, aunque sea por la etimología.

Hace poco, supe que algún ignoto cagatintas incluyó la relación de estas andanzas que les he comentado en los Reales Archivos Navales de España, o algo parecido. Esta inclusión, que doy por verídica, me la relató, ya sobrio, después de una noche de juerga memorable, un filibustero del Levante con patente de corso, un caballero de jubón amarillo que anduvo curioseando en dichos archivos, quién sabe con qué propósito. Por supuesto, la crónica del suceso está relatada desde el punto de vista heroico de los frailes santurrones. Bastante podría decir yo, si me dejaran. Santos varones...

Hablando de hombres, últimamente nos vemos poco con Abdul. Los dos estamos muy ocupados. Tenemos mucho trabajo, cada cual, a su modo, en el burdel del puerto de Cerdeña, a donde nos vendieron los tres puñeteros frailes, antes de partir hacia su convento, para la mayor gloria de su Dios.

FIN